

Capítulo 3: Limpieza de Estado

El cielo grisáceo irradiaba una luz tenue que se filtraba por los grandes ventanales de la torre oeste. La sala del consejo era espaciosa y luminosa, pero esa tarde, algo frío y cortante flotaba en el ambiente. Los silencios eran más pesados y prolongados, y se clavaban en ellos como filos mortales.

Redal oteaba la ciudad desde su privilegiada posición, desde las alturas de su recién adquirida fortaleza en medio del lago Danesi. La ciudad de Val'Monde se extendía desde la orilla hasta donde alcanzaba la vista. Las primeras hileras de casas eran las más vistosas y mejor ordenadas y, a medida que uno se alejaba del agua, los barrios se hacían más grotescos y abigarrados, con un sinfín de tejados de todas las formas y colores. Más allá de los gruesos muros de la ciudad, los arrabales se volvían más uniformes y el color monótono de la arcilla.

¿Cómo ganarse el favor de gente tan dispar? ¿Cómo complacer al herrero que vive de las batallas y al granjero que lo pierde todo en ellas? ¿Cómo acabar con el hambre en los arrabales y mantener los extravagantes banquetes de la nobleza? ¿Cómo...?

– Excelencia... –se atrevió a decir uno de los presentes.

Aquel vejestorio había interrumpido sus profundas cavilaciones. ¡Cuánto odiaba eso! Semejante atrevimiento no quedaría impune. Pero se esforzó por dibujar una sonrisa antes de girarse hacia la mesa donde estaban los consejeros.

– Perdonad, estaba... pensando. Es agotador. ¿No os parece? Al fin y al cabo, es vuestro trabajo. Pensar –hizo una breve pausa que usó para mesarse los cuatro pelos de su perilla–. Pensar en nombre del rey. ¿No es así?

– Desde luego, Alteza. Estamos al servicio de Mohad desde la desgraciada secesión de Mareas Rotas y la muerte del último emperador.

– Desde la vuelta a la monarquía –puntualizó otro.

– ¡Exacto! ¿Y qué es lo que habéis hecho por Mohad desde entonces?

– Nosotros...

– Si me permitís –cortó el monarca–, y doy por hecho que lo hacéis, responderé yo mismo a mi pregunta, puesto que en eso consiste la retórica. Tanto en mi humilde como real opinión, poco. Muy poco. Por no decir nada. Nada bueno, desde luego. Vos mismo hablabais de la desgraciada secesión de Mareas Rotas Lord Galabon. Pues bien, ¿qué habéis hecho al respecto en estos últimos cuarenta años? ¡Ni un mísero intento por recuperar lo que siempre fue nuestro! ¡Sois el puto chambelán! ¡Miraos! ¿¡Es que no os queda orgullo!?

El silencio volvió a la sala por un instante, tensó y afilado, que hizo que los cuatro hombres que se sentaban alrededor de la mesa sobre los mullidos sillares de ébano se pusieran a temblar. Tenían razones para temer, si no por sus vidas, al menos por sus puestos.

– Nuestros consejos no siempre son seguidos por el...

– ¡Callad! –gritó Redal, hastiado–. Precisamente por eso estoy aquí. Porque el rey que venía a asentar su glorioso culo en el trono habría llevado a Mohad a la ruina. ¿Qué es lo que queda de nuestro gran imperio? ¡Perdimos los Mil Reinos y no hicimos nada! ¡Perdimos Mareas Rotas

y nos quedamos de brazos cruzados! ¡Dareniel nos disputa la Bahía de los Susurros, y es cuestión de tiempo que el maldito emperador suná decida invadir nuestras tierras al otro lado del desierto! ¡Porque eso es todo lo que nos queda, un maldito desierto, tan enorme como inútil!

– Alteza, Mareas Rotas es una tierra extraña e inestable donde nuestras tropas no son bienvenidas por los locales. Por no hablar del amasijo de islas aisladas donde los rebeldes se refugian con facilidad, y desde donde les es extremadamente sencillo hundir nuestros barcos. Recuperar Mareas Rotas nos costaría todo el ejercito real, y después no tendríamos con que defender tan vasto territorio. Como bien habéis dicho, las amenazas de Dareniel en el norte y Suna al oeste no nos han permitido gozar de suficiente...

– ¡De suficiente coraje! ¿Es que os cortaron los huevos al nacer, Lord Mariscal Santoro? – Redal creyó oír una risita al otro lado de la mesa y se giró bruscamente—. ¿Cree que es un buen momento de reír, Juez Dupont? ¿Acaso cree que el fracaso militar oculta el suyo? ¿Cree que no ha causado suficiente destrozo en esta ciudad con sus palabras en favor de la ética y los valores? ¿Acaso sus valores han acabado con los contrabandistas? ¿Y qué me dice del tráfico de lagrimazul? ¿Acaso habéis limpiado las rutas comerciales de esos malditos escarabajos? ¡Vuestra justicia no funciona! ¡Nuestras cárceles están vacías! ¿Cómo es posible con tanto filibustero rondando por las calles?

– Alteza, en nombre de Limeres os pido por favor que entréis en razón y os calméis para...

– ¿Que me calme? –el rey respiró hondo—. Muy bien, Pontífice. Dígame, ¿qué haría Dios con este atajo de inútiles?

– La religión limerea predica el perdón de manera incansable, Alteza. Todos los aquí presentes somos conscientes de lo delicado de la situación. Los... cambios... a la cabeza del Estado son... delicados. Es comprensible que desconfiéis de quienes sirvieron a vuestros antecesores pero...

– Ya me habéis dicho todo lo que tenía que oír –el monarca se alejó de la negra mesa y se dirigió hacia la puerta doble, dando la espalda a los cuatro consejeros—. Para predicar el perdón, debe haber algo que perdonar.

Nada más decir eso, abrió la puerta y entraron varios guardias con armaduras relucientes y espadas desenvainadas.

– Al Pontífice no, Richard.

El Juez Dupont se levantó apresuradamente y buscó una salida, comprendiendo lo que le esperaba. Lord Galabon, el chambelán, siguió su ejemplo pero en la otra dirección. Los guardias, rodearon la mesa sin prisa alguna, ignorando las súplicas del Pontífice.

Ricard, el primer guardia que había entrado y el más corpulento, atravesó el pecho del Juez con su tizona. Dupont barbotó un sonido ininteligible, exhaló un aliento sin vida y cayó desmadejado, manchando de rojo la impoluta alfombra de plumas de avestruz. Dos guardias llegaron hasta la esquina en donde se hallaba Lord Galabon. Cuando vio que no había otra escapatoria, se dio la vuelta y dio una fuerte patada al ventanal, seguramente con intención de saltar al lago desde lo alto de la torre. No obstante, el cristal resistió perfectamente, y el chambelán pareció resentirse en el pie. Se giró con expresión gallarda, dispuesto a dar la cara finalmente, pero su expresión orgullosa desapareció nada más ver los filos que tenía delante.

– Por favor, Alteza...

Se oyó el sonido apagado del metal entrando en la carne, y el último estertor del hombre que se apaga.

El Mariscal Santoro se había quedado en su sitio sin moverse, dispuesto a afrontar el terrible destino que le esperaba con honor.

Redal lo miró a los ojos mientras Richard se le acercaba por el costado.

– Parece que me he equivocado con vos, Lord Mariscal. Al fin y al cabo, tenéis más huevos que los otros dos.

– Cometéis un grave error, Majestad. Lo último que necesita Mohad es un rey loco.

Redal negó lentamente con la cabeza.

– Oh, desde luego que me equivocaba. Os atrevéis a llamar loco a un rey loco. ¿Sabéis lo arriesgado que es eso? –otro silencio rasgó el ambiente–. Bueno, estáis a punto de saberlo. Me habéis convencido, no os mataré hoy. Lo haré poco a poco.

Hizo un gesto con la mano y ordenó a los guardias que retiraran los dos cuerpos y se llevaran al Mariscal. El Pontífice estaba horrorizado, pero Redal se limitó a ignorar sus balbuceantes palabras.

– No os preocupéis, Pontífice, enseguida llegarán mis nuevos consejeros para ponernos manos a la obra. Hay muchas cosas de que hablar. La agricultura y la pesca, las dichosas sequías, las arcas del tesoro, los impuestos, el ejército de Mohad y la seguridad del pueblo, la salud de nuestros ciudadanos, la administración de la justicia, las obras públicas... También trataremos el asunto religioso, si os place –pero el Pontífice no parecía estar por la labor. Tenía los ojos enrojecidos y resaltaban en las bolsas oscuras y arrugadas que había bajo ellos–. Me entristece veros así, pero espero que sepáis perdonarme por esto que me he visto obligado a hacer.

– El perdón no salvará a vuestra alma si no hay arrepentimiento en ella –declaró, seca y llanamente la máxima autoridad religiosa del reino.

– No tenía más remedio. ¿Cómo voy a arrepentirme? En la política no hay perdón que valga, Pontífice, pues en ella abundan las puñaladas por la espalda –le dedicó una perfecta sonrisa de lo más forzada y empalagosa–. ¡Venga, alegrad esa cara! Tenemos que recomponer este reino. ¡Tenemos un imperio que recuperar!